

SOTO JOYA, Fernanda (2018). «De sueños de ‘colonización individual’ al trabajo colectivo: la experiencia de campesinos en la Región de Siuna durante los años ochenta».

Monograma. Revista Iberoamericana de Cultura y Pensamiento, n. 2.1, pp. 61-76.

<http://revistamonograma.com/index.php/mngm/article/view/48>

Fecha de recepción: 2/5/2018 · Fecha de aceptación: 9/5/2018

ISSN: 2603-5839



De sueños de ‘colonización individual’ al trabajo colectivo: la experiencia de campesinos en la Región de Siuna durante los años ochenta.

Fernanda SOTO JOYA

Universidad Centroamericana

sotojoya@gmail.com

Resumen: A partir de las experiencias de mujeres y hombres campesinos en la región de Siuna, el artículo describe el impacto de la política agraria del Gobierno Sandinista en los años ochenta en las zonas rurales de Nicaragua.

Palabras clave: Revolución Sandinista, política agraria, memoria, campesinos, frontera agrícola.

Abstract: Drawing from the experiences of peasant women and men from the region of Siuna, the article describes the impact that the Sandinista Government’s Agrarian Policy had in rural areas of Nicaragua during the 1980s.

Keywords: Sandinista Revolution, agrarian policy, memory, peasants, agrarian frontier.

«La vida no es un ensayo, aunque tratemos muchas cosas;
no es un cuento, aunque inventemos muchas cosas;
no es un poema, aunque soñemos muchas cosas.
El ensayo del cuento del poema de la vida es un movimiento perpetuo;
eso es, un movimiento perpetuo.»

Augusto Monterroso (1972)

En los años ochenta, la política agraria del Gobierno Sandinista fue quizá uno de sus principales talones de Aquiles¹. Marcada por la búsqueda de la modernidad y anclada en modelos aplicados en otras regiones, con ella se aspiró a modificar las estructuras de producción nacional y tecnificar el campo para ‘desarrollar’ a la nación. Alcanzar la deseada modernización del agro y el progreso nacional requería, bajo el modelo que siguieron, cambiar los sistemas de producción campesina, considerados atrasados.

A nivel social, lo más complejo de la política agraria fue no reconocer que el sujeto que debía ‘cambiar’ y ‘modernizarse’, era la base cultural y social de esa nación, además de representar una mayoría demográfica en el país, para aquellos años profundamente más rural. No fue de extrañar, por tanto, que aun cuando imperó un modelo único, hubiese discusiones y desavenencias en cuanto a la política y su

¹ Agradezco a Eduardo Baumeister, Angélica Fauné y Arturo Grisby por compartir sus apreciaciones sobre la política agraria y alimentaria de Nicaragua en los años ochenta. Agradezco también a Christiane Berth y Matei Chihaiá por la invitación a compartir este texto y ser parte de un enriquecedor diálogo en la escuela de verano «Cultura del Sandinismo», realizada en Julio del 2017 en la Universidad de Wuppertal.

aplicación a lo largo de la década de los ochenta. La expresión más profunda de las desavenencias fue el rechazo rural a las propuestas del Gobierno Sandinista y la decisión de muchos campesinos de luchar en contra de la Revolución.

Describo aquí los recuerdos de algunos campesinos sobre aquellos años, lo hago tomando como eje la historia familiar de Ana, mujer campesina de la región de Siuna. Si bien sus memorias y las de otros campesinos no son específicamente sobre la política agraria, ellas dan cuenta de cómo se vivió la aplicación de algunas de las medidas de esa política en la región donde vivían. Narrar lo que ocurrió desde la perspectiva de los pobladores campesinos es movernos fuera de los análisis tradicionales sobre las políticas Estatales, ancladas en efectos medibles y cálculos razonables. Es también movernos fuera de ciertas narrativas de desarrollo que tienden a homogeneizar a los ‘sujetos nacionales’ y a ignorar, con cierto menosprecio, las miradas locales.

Considero que nuestra comprensión sobre los procesos sociales y políticos de Nicaragua debe tener una disposición por el movimiento. Movernos para conocer, comprender, hacer y narrar. Ese movimiento es interno y es, parafraseando a Augusto Monterroso, perpetuo; un movimiento perpetuo necesario para entender las realidades y aspiraciones de quienes suelen ser los ‘dispensables’ de la historia.

1. POLÍTICAS AGRARIAS, ALIMENTOS Y SUJETOS PRODUCTIVOS

Desde inicios de los años ochenta los alimentos fueron una preocupación para el Gobierno Sandinista. La guerra de insurrección de finales de los años setenta afectó a zonas productivas del pacífico del país lo cual implicó desafíos en términos alimentarios. Por otro lado, la población crecía y era necesario definir medidas redistributivas que permitieran que los habitantes urbanos tuvieran acceso a la canasta básica a un precio que beneficiara tanto a las/los consumidores como a las/los productores—eliminando el rol del comerciante intermediario. Todo esto llevó a conformar el Programa Nacional de Alimentos (PAN).

La definición de la política alimentaria que guiaba al PAN estaba ligada a las discusiones en torno a la política agraria. Esta última generó preguntas y debates importantes: A nivel nacional, ¿Debía primar la agro-exportación o la producción de alimentos? ¿Se debía hacer a través de empresas estatales o debía primar la producción campesina? ¿Se debía controlar los precios y ofrecer subsidios o la comercialización debía ser libre? (Dore 1989). Al final, el gobierno Sandinista consideró que el modelo Estatal era la forma de organización que llevaría al

socialismo y lo priorizó. Bajo esa lógica, la modernización agraria la emprendía el Estado, con la mano de obra de la población rural campesina.

Esta preferencia por el Estado-empresa, se basó en la formación política/técnica de quienes definieron dichas políticas y en el desconocimiento que tenían de lo que Eduardo Baumeister llama «el país real» (E. Baumeister, comunicación personal, 2017). El liderazgo urbano desconocía las formas de vida y de producción de la población campesina; desconocía también sus aspiraciones, y quizá lo más importante, las menospreciaban. Jaime Wheelock, ministro del Ministerio de Desarrollo Agrario y Reforma Agraria (MIDINRA) y miembro de la Dirección Nacional del FSLN, ejemplificó la mirada que entonces se tuvo sobre la población campesina al describir su economía como: «abigarrada, dispersa, primitiva y dislocada» (1981, p. 24). Si la aspiración era la modernización económica, las palabras de Wheelock dejaban claro que para el MIDINRA la economía campesina no llevaría a ese destino.

A inicios de los ochenta, bajo el modelo estatal se definió que el objetivo de la política alimentaria debía ser establecer mecanismos para aumentar la producción de alimentos, mejorar la infraestructura de acopio y centralizar el acopio y comercialidad en entidades del Estado (CIERA PAN CIDA 1983). Arturo Grigsby, quien participó inicialmente en las discusiones alrededor del PAN, describe:

En el PAN todo era aumentar la producción, la productividad campesina y empresarial, por la vía de subsidiar una revolución verde adaptada a los dos sectores, aunque priorizando el Estatal-empresa y exportación (A. Grigsby, Comunicación personal, 2017).

Si bien se emprendieron algunas iniciativas campesinas, se priorizaron en aquellos años las propuestas empresariales-estatales. Se propuso en ciertos casos la cooperativización rural, pero no se avanzó en la distribución de la tierra en el campo (Dore 1989). Muchos campesinos rechazaron el excesivo control estatal y la ausencia de la prometida reforma agraria, por la cual varios habían en primera instancia apoyado a la Guerrilla Sandinista. Este descontento, junto a medidas represivas por parte del ejército en el campo y al sesgo urbano que algunos percibían en la política alimentaria (centrada en abastecer a las ciudades), llevó a muchos campesinos a unirse a la contrarrevolución.

A mediados de los ochenta la guerra inauguró un segundo momento de estas políticas. Zonas de fuerte producción agrícola

fueron también zonas de combate, lo cual llevó a una disminución de la producción. En otros casos, agricultores en desacuerdo con las políticas del gobierno prefirieron dejar de cultivar antes que vender sus productos al Estado.

Las Empresas Estatales ubicadas en el pacífico del país, dejaron de producir para la exportación y pasaron a cultivar granos básicos para abastecer a la población. Se inició también la redistribución de la tierra en ciertas zonas del país, acompañada por la conformación de cooperativas de auto-defensa en las zonas con mayor presencia de la contrarrevolución. En ese momento se pasó de un fuerte control estatal al repliegue del Estado y a la paulatina desregularización de la producción, de los precios de los alimentos y de su comercialización (Dore 1989; CIERA MIDINRA 1989).

A pesar de estas medidas, a finales de los años ochenta el tema alimentario no se resolvió. La liberalización de precios y el acceso a la tierra no llevaron a incrementar la producción. La lógica rural siguió otros caminos. No fue hasta en los años noventa, con el fin de la guerra, que se retomó la producción en el campo.

En conclusión, la política agraria de los años ochenta se ancló en un modelo que excluía al campesino como productor y que no vio a ese sector como la base de la economía de la nación (Saldaña-Portillo 2003). Las implicaciones de esto en el contexto de la guerra fría fueron enormes.

2. SER SU PROPIO PATRÓN

Ana es del municipio de Siuna, localizado en el Caribe Norte de Nicaragua. En esa región, ni la insurrección popular de finales de los años setenta ni la represión somocista que le precedió se sintieron con la fuerza con la que llegó la Revolución Sandinista, inaugurada el 19 de Julio de 1979. La Revolución llevó a fuertes cambios en las formas de vida de la población rural y se presentó acompañada de una guerra que finalizó en 1990, pero que en Siuna perduró en tono de ‘posguerra’ hasta inicios del 2000.

El abuelo materno de Ana llegó a esa zona desde Honduras buscando fortuna con el caucho y luego el cultivo de bananos. Su madre nació a lo orilla de un río, el río que su abuelo navegaba para transportar el banano hasta La Cruz del Río Grande, en lo que ahora es el Caribe Sur. Su abuelo paterno vino del norte de Nicaragua, junto a otros campesinos que llegaron a esa región movidos por el boom del oro en el poblado de Siuna a inicios del siglo XX. El padre de Ana nació en Siuna y, como muchos, fue minero artesanal y campesino.

En la primera mitad del siglo XX, Siuna era una zona poco poblada, con grandes extensiones de territorio aparentemente ‘sin dueños’. Las comunidades indígenas que habitaban la zona no eran numerosas y prefirieron ‘apartarse’ de los que llegaban, antes que enfrentarse a ellos (Jhon 2015). Esos primeros campesinos que llegaron tomaron tierras, no las compraron. Cuenta Ana:

Era distinta la gente que llegó primero. Ellos agarraban la tierra que iban a usar, no más. Después de un tiempo se iban de ahí y agarraban otro pedazo de tierra para trabajar. Pero ya cuando mi papá vio que venía más y más gente buscando tierra, entonces él se fue a buscar un lugar bonito y lo carriló antes de que lo dejaran sin nada.

Los campesinos que llegaban a Siuna en aquellos años huían de muchas cosas: De la desigual y opresiva relación con ‘el patrón’ en las comarcas donde habían nacido; de los ajustes de cuentas y las rencillas; de la violencia de algún vecino rico que los expulsaba de su propiedad. No fueron pocos quienes al contar su historia de migración concluían afirmando: «donde vive un rico no puede estar el pobre», lo cual evidencia una historia de despojo de vieja data. Su migración era una huida, pero también una búsqueda de libertad para producir, para ser su propio patrón.

Esa migración estaba vinculada a la política agraria impulsada por el Gobierno Somocista durante los años sesenta y setenta. La política Somocista fomentó la modernización del agro a partir de la industrialización agrícola y la concentración de tierra en manos privadas. Ante un posible incremento de tensiones sociales en el campo, el gobierno Somocista con apoyo de la Alianza para el Progreso –iniciativa estadounidense para América Latina– implementó en Nicaragua una reforma agraria basada en promover la migración y la creación de asentamientos campesinos en zonas del caribe del país¹.

Esta política agraria estaba anclada en una gran premisa: la existencia de grandes extensiones de tierra ‘libre’ en el Centro-Caribe de Nicaragua. Se decía: «lo que sobra en Nicaragua es tierra... ¡Vayan, agarren tierra y trabájennla!» Esta política fue heredera de las nociones de *terranullius* de la colonia y se montó sobre los territorios de la población indígena y afro-descendiente del Caribe. No por casualidad los miembros de esas comunidades llaman ‘españoles’ a los campesinos mestizos que llegaron y aún llegan desde el pacífico y

¹ Ver el trabajo de Matilde Mordt sobre Nueva Guinea en *Sustento y sostenibilidad en la frontera agrícola: la evolución de la frontera en el sudeste de Nicaragua* (2002).

centro del país a sus territorios. El corredor migratorio hacia el Caribe se conoce como la frontera agrícola.

Siuna hacía parte de ese territorio Caribe donde «sobraba la tierra». Allá llegaron cientos de campesinos expulsados de sus territorios. A mediados de los años 70, con la creciente llegada de campesinos a la zona, la tierra dejó de agarrarse (como lo había hecho el padre de Ana) y comenzó a venderse. La guerrilla del FSLN incursionó a finales de esa década. Lo hizo de forma tardía y con dificultades por ser una zona montañosa y mal comunicada con las ciudades del pacífico, centro y el caribe del país.

La realidad de los campesinos de Siuna era diferente de la del pacífico. Ellos tenían tierra, pero no tenían capital para ir más allá de la producción de subsistencia, no había fuertes centros de comercio, ni carreteras que facilitaran la comercialización. La población de la región vivía en fincas alejadas unas de otras. Eso explica por qué, cuando triunfó la revolución, ellos y ellas no esperaban tierra sino contar con las herramientas para construir su mundo y tener prosperidad. No querían un patrón feudal ni un patrón Estado; querían mandar en su propia vida.

3. LA REVOLUCIÓN EN LA FRONTERA AGRÍCOLA

El 19 de Julio fue un hecho lejano para mucha gente en Siuna. Algunos pensaron que en sus vidas todo continuaría siendo igual porque siempre había sido así, pero todo cambió y mucho. La madre de Ana, Doña Julia, me contó que el primer gran cambio fue la campaña de alfabetización. Ella recuerda con cariño a los alfabetizadores que llegaron a su comunidad. Me contó también que un año después, en 1981, los hombres de la comunidad, incluido su marido, Don Pedro, por orientaciones del Gobierno formaron una Cooperativa donde compartían el crédito pero cada uno trabajaba de forma individual. En la zona de Siuna no hubo empresas estatales. Si bien se pensó en crear algunas, la pronta llegada de la guerra en esa zona desanimó los esfuerzos.

El mismo año en que Don Pedro se cooperativizó lo hizo su hijo mayor, Luis, aunque a los pocos meses lo reclutaron para ser parte de las Milicias Populares Sandinistas. En la zona ya se movían campesinos armados contrarios a la Revolución. La respuesta del Gobierno Sandinista fue la creación de las Milicias y dos años después del Servicio militar obligatorio.

La mayoría de los campesinos de la zona no estaban de acuerdo con la cooperativización. La lógica colectiva promovida por el Gobierno

chocó con las concepciones locales de prosperidad basadas en la idea de trabajo individual y propiedad privada¹. El campesino de esas zonas considera que uno debe progresar por sí mismo a través del trabajo duro y la lucha personal. Hay en esa narrativa un ethos colonizador: el hombre² que conquista la naturaleza, los animales, el espacio y lo que ahí habita.

Las medidas de confiscación de tierra en otras zonas del país generaron temor, el cual crecía al ver que los ‘hombres fuertes’ de algunas comunidades eran expropiados o huían. A esto se sumó la llegada de comerciantes que predecían un futuro de despojos a manos de los sandinistas para que la población les vendiera el ganado a cualquier precio (Soto 2011).

El control estatal de la comercialización de los productos del campo fue considerado un atentado contra la libertad para vender sus productos a quien ellos quisieran. El control de la comercialización afectó también la relación que los campesinos tenían con comerciantes que llegaban a la zona, con quienes tenían en algunos casos lazos de compadrazgo. Estos comerciantes acababan siendo mediadores con las zonas urbanas, facilitando por ejemplo información o conexiones cuando los pobladores campesinos debían hacer un trámite en el pueblo.

A mediados de los años 80 la crisis económica incrementó el descontento con la Revolución. El dinero valía poco por la creciente inflación, los insumos costaban mucho y la producción campesina tenía precios muy bajos. El aparato estatal que se instaló en la zona de Siuna provocó recelos: eran caras ciudadinas, desconocían la vida de la montaña y exigían cambios. La gente tampoco estuvo de acuerdo con el servicio militar obligatorio; muchos prefirieron irse por su voluntad a la Contra antes que ser obligados a cumplir el Servicio Militar. Para 1984 era evidente que el campesinado de zonas como Siuna era la principal base de apoyo de la Contrarrevolución.

La intensificación del conflicto armado en la zona llevó al Gobierno a concentrar a la población campesina en cooperativas de defensa, cercanas a carreteras y poblados para ofrecer mayor protección. Esto implicó sacar a la población de sus propiedades, en muchos casos de forma violenta. El ejército Sandinista lideró el desplazamiento a los nuevos espacios, exacerbando las fricciones que ya existían entre el gobierno y los campesinos.

¹ Soto, Fernanda. *Ventanas en la Memoria: Recuerdos de la Revolución en la Frontera Agrícola*. Managua: UCA Publicaciones (2011).

² Digo hombre porque es un discurso sumamente masculino.

Sin embargo, hubo un pequeño sector de campesinos que se identificó con el Sandinismo y apoyó la Revolución. Muchos de ellos y ellas habían sido colaboradores de la guerrilla y otros tenían familiares trabajando con el FSLN. Varios se sintieron satisfechos con los programas gubernamentales, en particular de salud, educación y crédito. Si bien estos mismos campesinos sandinistas se resintieron ante ciertas medidas del gobierno –especialmente, la de sacarlos de sus fincas–, las aceptaron con la esperanza de que, al terminar la guerra, la Revolución cumpliría con su gran promesa: una vida mejor para todos.

4. «PARECE SUEÑO, PERO FUE VERDAD»

En 1984 el padre de Ana murió. Doña Julia se negó a dejar su propiedad y permaneció con sus cuatro hijos menores y Ana en la finca hasta 1986, cuando la situación era ya insostenible. Ese año quedaron en medio de un combate entre el Ejército y la Contra. Doña Julia y sus hijos permanecieron unos días escondidos en el monte. Cuando regresaron encontraron su casa tomada por el ejército. Cuando el ejército se fuera, con certeza la Contra llegaría. Decidieron entonces moverse a la cooperativa donde vivía la familia de Luis, hermano de Ana. Para Doña Julia, y para muchos otros campesinos de la zona, la decisión de dejar su propiedad no fue fácil. Lupe, quien en esa época era profesor rural, me contó:

Nosotros estuvimos un tiempo así [en la comunidad] porque el trabajo de uno, uno no lo quiere dejar. Yo recuerdo que eran cuarenta y cuatro casas en esa época en Sonate. Lo sé porque como profesor me tocaba hacer el censo. La gente comenzó a irse y al final sólo habíamos como cuatro familias. Y es que habíamos dejado la vida ahí con mi viejo. ¿Y uno para dónde se iba?

A finales de 1986 la mayor parte del municipio de Siuna estaba despoblado y las tierras abandonadas. Siuna era zona de guerra. Mientras los hombres adultos y jóvenes combatían, las mujeres, niños y ancianos estaban en las cooperativas. Cuenta Ana que en la cooperativa donde ella vivió había escuadras de mujeres: «Ellas sembraban, limpiaban el potrero, y hacían un montón de cosas que normalmente hacen los hombres porque como ellos estaban movilizados. Ellas iban armadas a hacer esas cosas».

Ana tiene recuerdos tristes de esa época, muchas otras mujeres también los tienen. Concha, hija de un antiguo colaborador de la

guerrilla, cuando recordaba los años en la cooperativa donde vivió, me dijo:

Yo le voy a decir además que ahí vivíamos intranquilos porque éramos un montón de personas y sin comida. El Frente Sandinista nos daba la provisión, pero no era lo mismo, no es lo mismo que uno producir. En unas casitas donde uno todo mojándose: ahí nos quedamos trabajando para ver qué comer.

Los hombres campesinos que apoyaron la revolución muchas veces prefirieron hablar de hechos heroicos o de la unión que sintieron cuando vivían en la cooperativa. Las mujeres, sin embargo, recordaron con más fuerza las dificultades que enfrentaron en ese espacio, el miedo que vivieron y los sinsabores de no poder producir su propio alimento. Una vez, Ana, recordando los años de la guerra, me dijo: «Qué triste, qué barbaridad fue eso... Parece sueño, pero fue verdad».

5. EL FINAL DE LA GUERRA Y DE LA REVOLUCIÓN

Para 1989 los errores cometidos por el gobierno Sandinista, y los costos humanos de la guerra y del embargo comercial y económico financiado y decretado (respectivamente) por el gobierno de Estados Unidos, habían minado la economía nacional y abatido el ánimo de la población. El 25 de febrero de 1990 la mayoría de los nicaragüenses votó en contra de la guerra; ese voto significó el final del gobierno del FSLN y de la Revolución Sandinista.

Durante los años noventa, los planes de ajuste estructural llevaron a la reducción de los créditos rurales y la asistencia técnica. Esta situación, junto a la descapitalización causada por la guerra y la inseguridad en la tenencia de la propiedad, obligó a muchos a vender sus recién tituladas propiedades, iniciándose así la reconcentración de la tierra conocida como la contrarreforma agraria.

A toda esta realidad se añadió la conflictiva y tardía pacificación en muchas zonas rurales del país¹. El Estado se replegó a las ciudades y la cooperación internacional asumió la implementación de programas económicos y sociales en las zonas rurales. El proceso migratorio que

¹Saldomando y Cuadra (1994) abordan a profundidad el tema en *Los problemas de la pacificación en Nicaragua: recomposición de grupos armados y conflictos sociales*. Para un análisis más profundo de estos procesos ver los estudios de Deena Abu-Lughod (2000), *Failed Buyout: land rights for contra veterans in postwar Nicaragua*, y de Salvador Martí i Puig (2002), *El proceso de desmovilización y «reinserción» de la contra nicaragüense: algunas claves para el análisis de la violencia rural en Nicaragua*.

había caracterizado la vida en lugares como Siuna reinició con una intensidad preocupante. Los madereros se internaron en el territorio y la población que había emigrado a Honduras regresó a recuperar sus tierras.

En Siuna, como en otras regiones del país, el retorno de la población se produjo en un contexto de una enorme polarización política, con buena parte de la población todavía armada. Las diferencias políticas, los conflictos alrededor de las tierras y la difícil situación económica alimentaron la violencia que se sintió en la región durante toda la década de los años noventa. Hasta inicios del año 2000 esa zona estuvo plagada de ajustes de cuentas, robos, secuestros y asaltos.

Juan, quien estuvo buena parte de los años ochenta en el ejército y, a finales de esa década, regresó a la cooperativa donde vivía su familia, me contó:

El 29 de Julio del 89, día de San Pedro, yo me fui del ejército y me vine a la cooperativa. Yo casi me muero en la guerra y (sic) hice un compromiso con Dios en la montaña, yo le dije «si me das vida, cuando llegue a la cooperativa me caso y me hago delegado de la palabra».

Y así lo hizo. Juan sobrevivió, regresó a la cooperativa, se casó y se hizo delegado de la palabra. A los pocos meses de su regreso se dieron las elecciones presidenciales y luego la desmovilización militar y el retorno de los miembros de la Contra. Me dijo:

En los 90 los socios de la cooperativa estábamos sin esperanza de organización. Hubo gente que se fue a sus tierras, los que todavía tenían sus tierras. Otros vendieron y compraron tierras más adelante. Se terminaron los préstamos, no venía más comida, la gente tuvo que meterle mecha a su propio zapato. La gente estaba desesperada. Había escaseses (sic) y robo entre la misma gente. Se dio una división de las tierras que fue otro gran problema porque entonces algunos vendieron y ahora lo tiene una gente rica. También comenzaron a sacar madera de los cerros.

Juan concluyó su relato diciéndome: «Antes nos queríamos. Hoy las cosas son más difíciles. Hoy hay una dificultad con todo». Ese antes se refiere a la época de la cooperativa, cuando la guerra unió a los comunitarios.

Los hermanos de Ana, como muchos otros, decidieron vender la tierra de la cooperativa y fueron a buscar la propiedad de sus padres.

Lograron recuperar una parte que luego vendieron. Doña Julia vive con el menor de ellos en una comunidad cercana a Wani, en Siuna. Ana decidió ingresar a la vida religiosa. Luis permaneció un tiempo más en la cooperativa y luego también vendió la propiedad. Hoy vive en Managua.

6. RICOS Y POBRES

Yo conocí a Ana en el 2006. Viví junto a ella y sus hermanas religiosas en un Centro educativo (El Centro) que crearon en el poblado de Mulukukú, 70km al suroccidente de Siuna. Con ella y sus hermanas compartí mucho. Recuerdo que, a finales de ese año, nuestras conversaciones giraban alrededor de las elecciones presidenciales que se realizarían en noviembre.

La campaña electoral del partido opositor al FSLN (el Partido Liberal) centraba sus mensajes en la descripción de historias de finqueros y campesinos asesinados o encarcelados por el ejército. Todos los fines de tarde escuchábamos a aquellos hombres culpando a los sandinistas por haber cometido incontables asesinatos. La guerra estaba a flor de piel y el ayer parecía regresar con los mismos colores de entonces. En las calles la gente comentaba: «Si gana el FSLN vuelve la guerra», «Se nos van a llevar a los chavalos», «Los sandinistas son unos asesinos». Un día de tantos, en medio de la cena y los gritos del locutor de la Radio liberal, Ana no consiguió contenerse más:

¡Ideay!, si la guerra no la hizo sólo el Frente. Si ellos también mataron, ellos también estuvieron ahí haciendo cosas horribles. Con el Sandinismo pasa como con la Iglesia: por los errores de unos pocos lo pagamos todos y nos rechazan. La guerra sucedió, eso es cierto, pero no porque los sandinistas quisieran. Y además, es cierto que algunos campesinos por ignorancia pudieron hacer cosas malas, pero los ricos las hacen igual, pero con conocimiento.

Ana podía contar el otro lado de la historia: las cooperativas quemadas por la Contra, los campesinos sandinistas asesinados, los secuestros, las violaciones, los campos minados. Ella señalaba también lo que nicaragüenses, sandinistas o no sandinistas, aprenden desde siempre: la sociedad nicaragüense se divide entre nosotros –los pobres– y ellos, los ricos.

7. LOS COMIENZOS FINALES

Junto a Ana y a otras mujeres campesinas aprendí a conocer el campo, un poco al menos. Aprendí, por ejemplo, que las lecturas de clase por sí solas no ayudan a entender la vida de la población rural, porque ese «nosotros los pobres y ellos los ricos» es un tema de dinero, acceso a medios de producción y extensión de la propiedad, pero, es más. Aprendí que no es tan sencillo demonizar a la contrarrevolución o a la revolución sandinista y que tampoco cabe idealizarlos.

Aprendí que una lectura de las políticas que entonces se implementaron, en particular la agraria, demanda conocer cómo la vivieron las personas en el campo, en particular las y los campesinos. Si bien esa lectura de la política no debe ser la única, ella tampoco debe faltar porque nos ayuda a comprender decisiones y prácticas que desde los ‘marcos’ urbanos letrados no parecen las lógicas.

Retrospectivamente, es injusto hacer un análisis de la Revolución Sandinista que no tome en cuenta las tensiones del asedio político y económico de los EUA, en medio de intensas disputas globales. Por otro lado, sería errado ignorar que la política agraria de los años ochenta tenía muchas semejanzas con la impulsada por el gobierno Somocista. Ambas buscaban la modernización y tecnificación agraria; unos propusieron concentrar todo en el Estado y otros en manos privadas. Es claro que hubo diferencias, pero en ambas el protagonismo de la población rural campesina desaparecía; sus aspiraciones, saberes, deseos, quedaban relegados, no cabían en el porvenir. Esto no se trata de un tema de derechas o de izquierdas políticas; las ilusiones de desarrollo y modernidad los cobijan a ambos por igual. Al final el porvenir está aquí, junto a nuestro pasado y, parafraseando a Monterroso, para entender el aquí se requiere un movimiento perpetuo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CIERA PAN CIDA (1983). *Informe del primer seminario sobre Estrategia Alimentaria*. Managua: MIDINDRA.
- CIERA MIDINRA (1989). *Sistema Alimentario En La Reforma Agraria en Nicaragua 1979-1989*. Managua: Centro de Investigación y Estudios de la Reforma Agraria.
- DORE, Elizabeth (1989). «La respuesta campesina a las políticas agrarias y comerciales en Nicaragua: 1979-1988». En *Revista de estudios centroamericana*, 1989 n. 49.
- JHON, Elberto (2015). *Presencia de Colonos en el Territorio MSBAS y las tensiones sobre la autonomía comunitaria de la tierra*. Managua: Nitlapan-UCA.
- MONTERROSO, Augusto (1972). *Movimiento Perpetuo*. México, D.F: Ediciones Era.
- SALDAÑA-Portillo, María Josefina (2003). *The revolutionary imagination in the Americas and the age of development*. Durham: Duke University Press.
- SOTO, Fernanda (2011). *Ventanas en la Memoria: Recuerdos de la Revolución en la Frontera Agrícola*. Managua: UCA Publicaciones.
- WHEELLOCK, Jaime (1981). «Introducción: discurso de inauguración del encuentro continental de reforma agraria y movimientos campesinos». En *Testimonios sobre la reforma agraria*. Colección Testimonios. Managua: CIERA.

ENTREVISTAS

- BAUMEISTER, Eduardo. Junio 2017
- FAUNÉ, Angélica. Junio 2017
- GRISBY, Arturo. Junio 2017.

